DISCURSO

INAUGURAL

PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO DE 1856 Á 1857,

EN LA ESCUELA INDUSTRIAL,

DE COMERCIO Y NAUTICA

DE LA CIUDAD DE CÁDIZ.

Por Don José María Rivera y Reina,

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA,
ABOGADO DE LOS ILUSTRES COLEGIOS DE CADIZ Y DE BADAJOZ, CATEDRATICO PROPIETARIO DE GEOGRAFIA E HISTORIA, Y DE GEOGRAFIA Y NOCIONES DE FISICA DE DICHA ESCUELA.

CADIZ.

IMPRENTA DE LA REVISTA MEDICA.

1856.

Asistis, Señores, á un acto solemne é importante en estremo, que tiene por objeto la inauguracion para el presente curso de las escuelas elementales completas de industria, de comercio y de náutica de esta ciudad; de estas escuelas que abrazan los tres principales ramos de prosperidad y ventura para las naciones, puesto que sin la industria productora, sin el comercio que facilita el consumo de las producciones y sin la navegacion que proporciona los trasportes marítimos, aun en los paises que como la España han sido privilegiados por la naturaleza con la feracidad del suelo, con la abundancia y variedad de las primeras materias, la riqueza estaria ahogada y vendria á ser cual un tesoro oculto que á nadie aprovecha. Al hombre toca, poniendo en accion su poderosa inteligencia, y cumpliendo la inevitable ley de su destino, servirse de los dones del cielo, ya arrancando á la tierra sus frutos, ya transformándolos para los usos de la vida, ya trasladándolos donde sea menester para el consumo, ó para el cambio de los que por su escesiva abundancia escedan á las necesidades de la localidad. ¿Cabe imaginar profesiones mas útiles, de aplicacion mas general que las que estas escuelas son llamadas á crear? Es tan manifiesta su importancia que yo me creeria dis-

pensado de encarecerla, sobre todo, en una ciudad como esta esencialmente mercantil, que por el espacio de muchos años absorbió casi todo el comercio del Nuevo-Mundo y en la que, por consiguiente, están profundamente arraigados los hábitos comerciales, si consideraciones muy poderosas que me parece escusado esponer, no me impulsaran á patentizar el influjo que en el bienestar y en el engrandecimiento de los pueblos han ejercido aquellas tres profesiones.

Emprendo esta demostracion, que debia ser fácil por la claridad del asunto, con gran temor y desconfianza por su misma importancia que exigia ser tratada por persona mas competente y adornada de ilustracion y dotes superiores á los mios. ¡Feliz yó si, á pesar de esto, logro excitar la atencion de mis oyentes, si no con las galas del estilo y con la novedad de los pensamientos, por lo menos, con la sencillez del discurso y con la exactitud de las observaciones.

La historia, Señores, en cuyas páginas están consignados los hechos de la humanidad y cuyos ejemplos contienen las lecciones de la esperiencia, es la única guia que me propongo seguir, no solo para demostrar la certeza de mi tema, sino tambien para hacer ver el enlace íntimo é inseparable de las tres profesiones asunto de este discurso, porque ninguna puede subsistir ni desarrollarse por sí sola sin el concurso de las demás, de tal manera que á la ruina de una de ellas se ha seguido siempre inevitablemente la de las otras.

En efecto; dirigiendo nuestras consideraciones á los tiempos mas remotos que recuerda la historia, esto es, á la época de la poderosa monarquía de Egipto, las vicisitudes de este pueblo famoso confirman mis observaciones, pues vemos que el Egipto tuvo una existencia pasagera y precaria, que gozó de una prosperidad fugaz, no obstante que encerraba elementos estables de

riqueza por la feracidad del suelo favorable para el desarrollo de los mas ricos productos y tambien por las inundaciones periódicas del Nilo que fertiliza el territorio hasta el punto de duplicar las cosechas. Pero ni la riqueza territorial de Egipto, ni los adelantos de la industria en sus diferentes ramos, de que nos dan testimonio esos magnificos monumentos que excitan aun hoy mismo nuestra admiraciou, salvaron á esta bella comarca de la tierra de la ruina y abatimiento en que vino á quedar sumergida cuando se estendió el sistema comercial difundido en aquellas remotas edades por los Fenicios y Griegos.

¿Cuál fué la causa de esta trasformacion increible? Yo no la encuentro mas que en el sistema político de los Egipcios, en su aislamiento de las demás naciones, en que lejos de dar importancia y proteccion al comercio lo desatendieron hasta el estremo de cortar toda clase de relaciones, no solo con los paises remotos, sino tambien con los limítrofes. Tan estremada fué la preocupacion de los Egipcios en esta parte como que se necesitó una revolucion gravisima, una revolucion que conmovió hondamente sus costumbres é instituciones para que fuesen admitidos en los puertos del mar Rojo y del Mediterráneo los buques y mercancías estrangeras, y aun esto como una excepcion á favor de los Griegos para recompensarles los servicios que habian prestado al tirano Sanmetico en la empresa de subyugar el reino. ¿No habia de esterilizarse la abundancia del pais, no habia de desmayar la industriosa actividad de los Egipcios si estaba ahogado el principal elemento de riqueza, si no existia el comercio esterior y si los productos naturales y fabriles escediendo á las necesidades del consumo interior ocasionaban esa superabundancia, esas crisis terribles que aniquilan las industrias?

En nuestros dias, Señores, en este siglo que se distingue de los precedentes por la preponderancia del sistema comercial existe un pais semejante al Egipto en los tiempos antiguos y del cual puede presagiarse, con sobrado fundamento, ó que ha de modificar esencialmente sus costumbres é instituciones, que ha de romper esa barrera material y política que lo separa de los demás pueblos de la tierra, ó que ha de caer en la mas profunda abyeccion y abatimiento. Hablo de la China, imperio estenso, pobladisimo, floreciente en la agricultura y en las artes; pero que, á pesar de esto, permanece estacionario, dando pruebas constantes de debilidad por su falta de energía para resistir las invasiones estrangeras, á causa, sin duda, de ese aislamiento en que yace, de esa fatal preocupacion que lo separa de las demás naciones y que, poniendo trabas insuperables al comercio, ciega lastimosamente las demás fuentes de prosperidad.

Siguiendo ahora la interrumpida narracion de los pueblos antiguos observamos que los Fenicios y Griegos, adoptando un sistema enteramente opuesto al de los Egipcios, logran estender considerablemente su poder á favor de las tres profesiones asunto de mi discurso. Unos y otros no contentos con el cultivo del pais que primitivamente ocuparon, no contentos con desarrollar prodigiosamente la agricultura consagrándole un culto, y poniéndola bajo el amparo de varias divinidades del Dios Pan y de la Diosa Ceres, no contentos con dar incremento á las artes é industria, buscan el principal elemento de poder y de riqueza en el comercio, perfeccionan la navegacion casi desconocida hasta entonces, se precipitan en frágiles barcos al proceloso mar, recorren las costas del Mediterráneo, los golfos Pérsico y Arábigo y establecen en las playas del Asia menor, del Africa propia, de la España Citerior, de la Bética,

de las Baleares, de Sicilia, de Corsica y de la Italia inferior numerosas é importante colonias, como Gades, Malaca, Rodium, Girgento, Falaris y la opulenta y poderosa Cartago tan rica y floreciente, como que, para destruirla, tuvo su émula Roma que sostener tres largas y desastrosas guerras, agotando sus tesoros, derramando á torrentes la sangre de los ciudadanos Romanos y comprometiendo, en una empresa tan dudosa, su existencia política.

Apesar de esto no creais que el impulso dado al comercio y á la navegacion por los Fenicios y Griegos, fué estable, sino que por el contrario, se hundió en la nada sin que deba sorprendernos este resultado, puesto que la pasagera preponderancia de esos dos pueblos, aunque cimentada en el fomento de la industria, de la navegacion y del comercio, estuvo ceñida á muy estrechos límites, porque sus empresas y negociaciones se circunscribieron á las costas del Mediterráneo, sin que se hubiesen estendido á otros mares. Pero eso no bastaba para crear intereses estables y permanentes, como quiera que fuera de la cuenca reducida del aquel mar, existian muchos pueblos que contenian elementos de prosperidad, muchos paises importantes exceptuados del movimiento comercial y siendo esto contrario á los verdaderos progresos de la humanidad, habia de ocasionar necesariamente, en época mas ó menos próxima, la ruina del sistema comercial de los Fenicios y Griegos.

Poco tendré que esponer sobre los adelantos de la industria, de la navegacion y del comercio durante el largo periodo de la dominacion Romana, porque este imperio, el mas poderoso de cuantos han existido jamás desde su orígen, desde la fundacion de Roma, adoptó una política que, lejos de favorecer, perjudicaba á los intereses fabriles y comerciales.

Para demostrarlo me basta observar que Roma aspiró á la dominacion del mundo por la fuerza de las armas, por la conquista material, no para llevar á los pueblos subyugados los beneficios de la civilizacion; no para introducir en ellos el ejercicio de profesiones desconocidas como los Fenicios y Griegos, sino para destrozarlos absorbiendo sus riquezas y sus tesoros que consumia la ciudad de Roma en el lujo desmedido de los patricios y en las profusas liviandades de los Emperadores. Por eso las naciones conquistadas cayeron en la mas lastimosa postracion, de tal manera que la opulenta Cartago, reina hasta entonces de los mares, metrópoli del comercio y de la industria fué reducida á cenizas, borrándose hasta el vestigio de la civilizacion griega por la conquista de sus numerosos establecimientos y por la destruccion de sus célebres ciudades, algunas de las cuales, como Esparta, Tebas y Corinto, perdieron el nombre que las habia inmortalizado.

Contribuia tambien á este retroceso, á esta paralizacion general del comercio y de la industria las costumbres y preocupaciones de Roma, porque en esta ciudad y en todas las del Lacio eran desdeñadas estas profesiones hasta el estremo de ser ejercidas única y esclusivamente por esclavos. No parecerá, pues, estraño que á pesar de haber sido ilustrados los Romanos con las tradiciones de Homero y de Herodoto, con las navegaciones de los Fenicios y Griegos, con las de los Cartagineses, con las espediciones de Alejandro el Grande, con las conquistas de Julio César, de Trajano y de Septimio Severo y á pesar tambien de su colosal poder y de sus invencibles legiones solo conociesen tres de las cinco partes en que actualmente se divide la tierra y aun esto de una manera tan incompleta que sus noticias sobre la parte habitada del globo, al paso que su dominacion, se limitaban al Asia Oc-

cidental y Central, al Africa Septentrional y á la Europa Meridional, con una parte de la Boreal descubierta y conquistada en los tiempos del Imperio.

Pero la dominacion Romana que trajo en pos de sí este decaimiento en unos ramos tan importantes, pasó; y aunque fué seguida de una época deplorable de confusion, de esterminio y de barbarie, durante la cual enmudecieron por completo las ciencias y desaparecieron del todo el comercio, la navegacion y las artes, sin ofrecer otro espectáculo que la sangre y la desolacion, ni mas actividad que las destructoras guerras: este período lastimoso del que debemos apartar la vista, no fué mas que el tránsito para otro de completa ventura, de indefinido progreso, de adelantos maravillosos é increibles.

Esta prodigiosa transformacion, este cambio inesperado y radical que forma el complemento de la edad media y el resúmen de la moderna, se debió al influjo de dos causas contrarias en la apariencia, pero que, no obstante, contribuyeron, si bien con resultados distintos, al vuelo estraordinario que han llegado á adquirir las tres profesiones que voi analizando. La primera fué ¿lo creereis, Señores? el fanatismo religioso y el espíritu conquistador de los Arabes, pues produjo, á la vez que el descubrimiento de paises ignorados por los antiguos, conviene á saber, el de una zona comercial que se estendia desde la China hasta las Molucas en Asia y desde el Egipto hasta el Cabo Corrientes en Africa, los Califados brillantes por el esplendor de las ciencias y de las artes de Arum-al-Rasquid en Bagdad y de Abderraman y de Hisen en Córdoba. No me detendré en examinar la civilizacion de los Arabes, porque, á pesar de los beneficios que produjo, principalmente en nuestra nacion, fué tan pasagera y fugaz como el impulso de donde nació. ¿Qué resta ya de la cultura

y del poder de ese pueblo tan célebre y tan temido en otros tiempos? Tended la vista hácia las comarcas septentrionales del Africa, deteneos á considerar la barbarie de las tribus Berberiscas que las habitan, restos del imperio de los Califas y terror hoy del Mediterráneo por sus piraterías. Echad una ojeada, siquiera sea rápida, al imperio Turco, desmembrado de la mayor parte de sus mas ricas provincias, sin costumbres públicas, sin leyes, regido por el sistema despótico, convertido en un cadáver, anunciando con inequívocas señales su próxima é inevitable destruccion que los Estados de Europa procuran acelerar para borrar la afrenta de su existencia. Ved si ese espectáculo merece contemplarse y si el abatimiento actual de la raza árabe no patentiza que los frutos de su civilizacion fueron mas brillantes que sólidos.

La otra causa fué la piedad verdaderamente heroica y desinteresada de los cristianos que movidos por una santa indignacion, ó por el deseo vehemente de purgar sus culpas, tomaron la cruz como insignia de guerra y marcharon á la Tierra Santa para arrebatar á los infieles la posesion de estos lugares tan venerados como que habian sido teatro de las maravillas y de la muerte del Redentor. El ímpetu de estos entusiasmados y valentisimos guerreros fué irresistible: la Palestina cayó en su poder y del territorio conquistado se formaron el principado de Antioquia, el condado de Edesa y el reino de Jerusalen del que dependian el condado de Tripoli, el principado de Galilea y los señorios de Tiro y Tolemaida. Mas el entusiasmo y fervor del principio cedieron bien pronto al fanatismo indomable de los Sultanes de Egipto, por la division funesta de los cruzados en cuyos pechos, apagado el sentimiento religioso que los movió á tomar la cruz, tuvo entrada en la mas deplorable y ciega ambicion,

no siendo de estrañar por consecuencia, que los paises conquistados bajo el estandarte de la fé cayesen por segunda vez en poder de los infieles, que desapareciera el reino cristiano de Jerusalen con todas sus dependencias y que los resultados materiales de aquellas famosas espediciones se desvanecieran cual débil sombra. Pero, á pesar de esto, y aquí, Señores, reclamo vuestra atencion, subsistieron sus consecuencias recónditas, aquellas que nadie habia previsto, pues para bien de la humanidad y para el adelanto de la civilizacion, la industria, el comercio, las artes, la navegacion, las ciencias, en una palabra, todo cuanto puede contribuir á la cultura y bienestar de las naciones, adquirieron desde entonces estraordinario impulso por el trato de los rudos occidentales con los cultos é ilustrados pueblos de Oriente, por el cambio recíproco de producciones que entre estas dos partes de la tierra se estableció por la necesidad imperiosa de disponer aprestos marítimos para las espediciones, único orígen del engrandecimiento y de la pujanza comercial de Venecia y finalmente, por el espíritu de actividad, de aficion á los goces y comodidades de la vida, que en los cruzados infundió el brillo y esplendor de Constantinopla, espíritu esparcido en Europa á la vuelta de aquellos guerreros y que trajo consigo el renacimiento de las artes, del comercio y de la navegacion.

Debo anotar ahora, por la relacion que tiene con la historia de nuestra patria, una circunstancia singular y es que la España, nacion eminentemente católica, no hubiese concurrido con los demás estados cristianos de Europa á la empresa comun de aquellas edades. Una consideracion será suficiente, en mi concepto, para descifrar este enigma al parecer inesplicable y es la de que los Españoles servian á la vez la causa de la religion y de la patria defendiendo palmo á palmo el

territorio de la Península dominado por los Arabes y perseverando en la resolucion magnánima de la reconquista debilitada algunas veces, pero no estinguida jamás en el largo periodo de ocho siglos. La cruzada de los Españoles era en España, en su propio pais, estaba cimentada en dos estímulos igualmente heroicos y generosos que eran el celo religioso y el amor á la independencia. Habria sido, por tanto, insensata temeridad abandonar la empresa de la reconquista acometida por Pelayo para tomar parte en unas espediciones lejanas que si eran meritorias á los ojos de la religion y si trajeron al mundo bienes sin cuento, al cabo no influian directamente en el recobro de la independencia que fué en aquellos tiempos remotos y en los sucesivos, que es en los presentes y estoy seguro que será tambien en los venideros, el bien mas estimado y el ídolo mas querido de los Españoles.

Un celo puro de religion, sin mezcla alguna de ambiciones ni de intereses mundanos contribuyó al mismo tiempo al descubrimiento de nuevos paises ignorados hasta entonces. En efecto; los misioneros de Occidente arrostrando con valor sobrehumano los mayores peligros y los mas indecibles padecimientos visitaron las regiones de Oriente, descubrieron las naciones situadas á los márgenes de los rios Vístula y Oder, la isla de Rugen, el mar Báltico y los reinos de Succia, Dinamarca con una parte del de Prusia, todos los cuales fueron despues frecuentados y descritos por el monge de Corbia. Este último descubrimiento tuvo inmensa importancia bajo el aspecto comercial, porque dió orígen á la famosa liga Anseática formada por el órden Teutónico uno de los varios institutos militares y religiosos creados por los cruzados. La liga Anseática fué poderosisima y así lo persuade el hecho de haber tenido bajo su dominacion 80 ciudades puramente comerciales

en las costas del mar Báltico y del Norte, en Alemania, Prusia y Dinamarca que absorbieron todo el comercio del Norte.

Mas entre los numerosos viages y descubrimientos de la edad media ocupan un lugar preferente por sus resultados los que verificó el ilustre Veneciano Marco Polo. Este insigne viagero reconociendo y rectificando los límites orientales del Asia puede considerarse como el precursor de Cristóbal Colon, pues le señaló el rumbo de la América por el Océano Pacífico. En sus multiplicadas espediciones penetró Marco Polo por el interior del Asia, navegó los mares de la costa del Sur, descubrió la China oriental y meridional con una parte de las islas de la Sonda, las de los mares del otro lado del Ganges, del golfo de Bengala, de las costas de Calabar y del golfo Pérsico, enriqueciendo el comercio de Europa con preciosas é interesantes noticias sobre la industria floreciente de Bengala, de la Georgia y de la Persia, como tambien de las ciudades de Pekin, Nanquin y de Chirsae.

Los Portugueses iniciaron igualmente una época de portentosas empresas que fueron como el anuncio del descubrimiento del Nuevo Mundo. Escitólos á lanzarse en mares desconocidos y en paises remotos no tanto el ejemplo y la proteccion que les dispensó el heroico príncipe D. Enrique, como el pensamiento patriótico de ensanchar los límites de su reducido reino llevando sus armas fuera de la península, ya que dentro de ella era inútil proyecto medirlas con los poderosos y aguerridos Castellanos y Aragoneses. Por eso, no ignorando la existencia de las islas Canarias y de las regiones de la costa occidental del Africa, sabedores de que la Guinea encerraba minas de oro cuya riqueza y abundancia les habia sido ponderada por los Arabes y por los mercaderes judios, penetraron en estos terri-

torios acaudillados por Gonzalez Zarco y fundaron las primeras colonias Portuguesas. Otros afamados navegantes de esta nacion pequeña y escasa en recursos pero escesivamente valerosa porque estaba amaestrada en la lucha incesante con los Arabes, tales como Diego Cano, Bartolomé Diaz y Alfonso Pereira se dirigieron hácia las costas occidentales de Africa y descubrieron y conquistaron las islas del Príncipe, de Santo Tomás, de Annobon, situadas bajo la línea equinoccial. A estas espediciones siguió la de Vasco de Gama verificada en 1497 y que, no sin motivo, fué ensalzada con el dictado de famosa, porque doblando el cabo de Buena Esperanza entró en un mar nunca visto hasta entonces donde halló multitud de reinos Arabes, Mahometanos é Idólatras, que forman hoy el poderoso imperio Indo-Británico tan interesante bajo todos conceptos, no solo para el comercio de Europa, sino tambien para la preponderancia marítima de la Inglaterra. Este descubrimiento fué el presagio de otros muchos no menos importantes debidos á los Portugueses Almeida, Cabral, Alburquerque y Tristan de Acuña, quienes ocuparon sucesivamente la isla de Zacibar, la de Madagascar y las costas de Ajen en Africa; y á Calicut, los reinos de Malabar, los de la costa de Coromandel, de la península de Malaca, de Bengala, con las islas Maldivias, las Laguedivas y la de Ceilan en Asia.

Tal era, Señores, el estado de la civilizacion de Europa cuando el genovés Cristóbal Colon, despreciado como visionario en Inglaterra, en Portugal, en su misma patria, en la ciudad de Venecia y en otras cortes estrangeras, pero íntimamente persuadido de la existencia de los antípodas por la forma esférica de la tierra y juzgando que bajo el antiguo hemisferio debia existir otro, partió á su descubrimiento en tres pequeñas ca-

rabelas la Pinta, la Isabela y la Fernandina, despues de recibir los auxilios necesarios de la magnánima Isabel de Castilla y venciendo increibles obstáculos entre los cuales no fué el menor la indisciplina y frecuentes sublevaciones de su reducida tripulacion compuesta de noventa hombres, vió coronados sus estraordinarios sacrificios, pues el mundo le debe el maravilloso descubrimiento de las Américas. Limitóse en su primer viaje á reconocer el Archipiélago de las Antillas, las costas de Tierra Firme y la desembocadura del Orinoco en la América Meridional. Mas en pos de él se arrojaron sobre aquellos desconocidos continentes multitud de aventureros de todas las naciones, que atraidos por la codicia del oro y dando pruebas de un heroismo pasmoso y de una crueldad sin ejemplo completaron paso á paso la empresa atrevida empezada por Cristóbal Colon. Debo hacer aquí una aclaracion importante y es que al hablar de estos aventureros no ha sido mi ánimo confundir con ellos al español Hernan Cortés, natural de Medellin, que á la prematura edad de 25 años se hizo el caudillo de la conquista del poderoso imperio de Méjico, proyecto que llevó á feliz término en brevisimo tiempo, seguido solo de 508 infantes, 17 caballos y 2 piezas de artilleria y despues de desplegar tan singulares prendas de valor, de constancia heroica, de superior talento y tino en las artes de la paz y de la guerra que lo colocan, por confesion de los mismos émulos de nuestras glorias, entre los mas esclarecidos varones de todas las edades.

No me toca encarecer las consecuencias incalculables de este grandioso descubrimiento que llevando á las dilatadas regiones de la América, por primera vez en los anales del mundo, las costumbres, el idioma, la religion y los productos de Europa verificó un cambio radical y completo en los hábitos, en las creencias y

en los sentimientos de esta parte del antiguo continente, transformacion benéfica por el desarrollo prodigioso de las artes y de las ciencias, por el acrecentamiento estraordinario del comercio, de la navegacion y de las riquezas, pero que causó el mal gravísimo de sofocar el espìritu noble y generoso de los precedentes siglos, ese espíritu cuya exageracion formó el concepto de la obra inmortal de Cervantes y que vemos dolorosamente transformado por una codicia aventurera que predomina en los ánimos, que se sobrepone á todos los deberes, que contraria aun los designios mas patentes de la naturaleza, que está degradando al hombre, tanto como la afrentosa esclavitud de los antiguos, por la doctrina de la division y de la santificacion del trabajo, que ha desarrollado el cáncer funesto del pauperismo por la aplicacion de las máquinas á la industria y que amenaza aniquilar por completo la civilizacion presente y con ella sus admirables invenciones, si no se le pone freno ajustándola á los preceptos de la moral.

No hay, Señores, aparte de esto, en la época presente que mas motivos de admiracion por los adelantos portentosos de la humanidad, puesto que la civilizacion se difunde en términos tan generales é increibles que aun las tribus salvages condenadas al parecer á una barbarie perpetua é inevitable, tienden á ilustrarse y de ello nos ofrece pruebas evidentes, no solo el estado floreciente de algunas islas de la Oceania, sino tambien la prosperidad actual de la Monrovia, colonia de negros libres en las costas occidentales de Africa; la industria, con el auxilio poderoso de la maquinaria, acrecienta y perfecciona indefinidamente sus productos, la navegacion se estiende á todos los ángulos del globo, sin que se escapen á la interesada actividad de los negociantes ni aun los paises mas inaccesibles

á favor de los instrumentos náuticos, de la admirable solidez y magnitud de las construcciones navales y de la prodigiosa rapidez que ha venido á imprimir á los viajes marítimos, así como á los terrestres, la importante invencion del vapor. No es esto solo, Señores, sino que con la facilidad, baratura y comodidad de las comunicaciones, que casi han hecho desaparecer las distancias, se van estrechando de tal modo las relaciones y el trato de los hombres entre sí que cada vez mas propensos estos á asociarse se facilita la ejecucion de aquellas empresas de utilidad general, que por su magnitud no seria dado realizar ni á los gobiernos, ni mucho menos á los particulares. Ved, si no, como se forman las sociedades anónimas creacion de los tiempos modernos; como, á favor de ellas, se hacen desaparecer los desiertos convirtiéndolos en fértiles llanuras, se disecan los pantanos, se altera el curso de los rios, se horadan los montes, se improvisan ciudades, se rompen los istmos y se construyen puentes subterráneos sobre los cuales corren rios caudalosos. Ved que cesan los riesgos inminentes de las especulaciones mercantiles y principalmente las que ofrece el mar, convirtiéndolos en elementos de especulacion y de ganancia por medio de las compañías de seguros. Ved, en fin, los portentosos resultados del crédito, de ese resorte invisible del comercio que enriquece á los individuos no menos que á las naciones en fuerza de un influjo moral, pero que, no obstante, sustituye al capital formando una economia futura, una propiedad anticipada, segun la feliz y acertada calificacion del sabio Pelletan.

Vosotros, jóvenes, los que estais consagrados á la carrera industrial, los que seguís la del comercio y los que habeis abrazado la dura y azarosa profesion de la náutica, no olvideis el cuadro imperfecto que acabo de

trazar sobre la importancia suma de esas tres profesiones comprobada por el testimonio irrecusable de la historia; no olvideis que de ellas depende muy principalmente la prosperidad y ventura de las naciones y que ejerciéndolas vais á labrar vuestra propia felicidad y la de la patria. No os aparteis de esta persuasion por el temor de la impotencia individual que debilita las fuerzas y hace estériles los mayores afanes. Considerad que un hombre solo descubrió la imprenta; que el heroismo de otro adquirió para la España un imperio poderosisimo y que, siempre y sin excepcion, las grandes conquistas de la humanidad son debidas al genio de algun hombre estraordinario. Prescindid del individuo; sacrificad en aras del bien público vuestra conveniencia personal para que, en el ejercicio de esas profesiones cuyas bellezas y secretos os revelará la viva voz de vuestros catedráticos, podais aspirar algun dia á la fama inmortal de los grandes hombres que en ellas florecieron. Octubre 1.º 1856.

He dicho:

Dr. José María Rivera.